

# En el mal misterioso e ineluctable, una espiritualidad del dolor. Pensamiento y testimonio de Emmanuel Mounier<sup>1</sup>

In mysterious and ineluctable evil,  
a spirituality of pain. Thought and  
testimony of Emmanuel Mounier

GONZALO TEJERINA ARIAS  
Universidad Pontificia de Salamanca  
gtejerinaar@upsa.es

Recibido: 17 de septiembre de 2024

Aceptado: 31 de octubre de 2024

<sup>1</sup> Este estudio es una ampliación de la ponencia del autor en la sesión del Grupo de investigación sobre el mal formado por profesores de distintas universidades españolas (11 diciembre de 2022) y promovido por la Universidad Francisco de Vitoria de Madrid.

## RESUMEN

Se aborda el pensamiento de Emmanuel Mounier (1905-1950), iniciador del Personalismo comunitario y figura fundamental del pensamiento católico de la primera mitad del siglo XX, a propósito del mal, considerado irreductible a cualquier intento de explicación. De esta suerte, en el pensamiento y en la experiencia existencial del autor, marcado hondamente por la desgracia, surge con suma coherencia una espiritualidad del sufrimiento que llega a ser provocadora por su radicalidad cristiana en la afirmación de su fecundidad, su *pathos* esperanzado, la solidaridad con los sufrientes, el proceso de transfiguración cristiana que tiene su punto culminante en la cristificación del dolor, vivido en íntima unión con el Cristo sufriente. Como colofón, la propuesta del autor de un “optimismo trágico” como posición fundamental del cristianismo ante el dolor inexorable, pero hondamente transido por la esperanza, pues el mal ha sido radicalmente vencido.

*Palabras clave:* cristificación del sufrimiento, Emmanuel Mounier, espiritualidad del dolor, misterio del mal, optimismo trágico, Personalismo comunitario.

## ABSTRACT

It is addressed, regarding evil, considered irreducible to any attempt at explanation, the thought of Emmanuel Mounier (1905-1950), initiator of community Personalism and fundamental figure of Catholic thought of the first half of the 20th century. In this way, in the thought and existential experience of the author, deeply marked by misfortune, a spirituality of suffering emerges with great coherence that becomes provocative due to its Christian radicality in the affirmation of its fruitfulness, its hopeful pathos, solidarity with the suffering, the process of Christian transfiguration that has its climax in the Christification of pain, lived in intimate union with the suffering Christ. As a culmination, the author's proposal of a “tragic optimism” as a fundamental position of Christianity in the face of inexorable pain, but deeply permeated by hope because evil has been radically defeated.

*Keywords:* community Personalism, Christification of suffering, Emmanuel Mounier, Mystery of evil, Spirituality of pain, Tragic optimism.

En el mal misterioso e ineluctable, una espiritualidad del dolor. Pensamiento y testimonio...

En la obra escrita de Emmanuel Mounier (1905-1950), relativamente ampliada su muerte a los 45 años, no hay un tratamiento sistemático del problema del mal, pero con carácter breve y ocasional no faltan anotaciones que dejan bien perfilado lo que es su pensamiento al respecto<sup>2</sup>. Sobre el segundo asunto de este estudio, una espiritualidad del dolor, que en buena parte es testimonio de su personalísima experiencia<sup>3</sup>, internamente unido al problema del mal, tampoco hay un escrito de alguna índole monográfica, pero sus reflexiones abundan más y dejan trazado un pensamiento rico y matizado<sup>4</sup>. Al final, la organización de sus consideraciones sobre ambos temas, en especial el segundo, que en los abundantes estudios sobre el autor francés no se han examinado con algún detenimiento, permite contemplar una contribución de extraordinario valor. Por debajo de las fluctuaciones observables en la estimación o en la presencia del filósofo del Personalismo comunitario, emerge como valor incontestable su pensamiento y su testimonio cristiano, límpidos y provocativos, sobre la experiencia del mal que quieren recoger estas páginas<sup>5</sup>.

## 1. DESORDEN Y MAL INELUCTABLE

Hay un punto de partida necesario en el examen del pensamiento de Mounier y es su posición firme y reiterada de distintos modos sobre la limitación insuperable de las cosas humanas y la indefectibilidad del dolor en la vida: La felicidad es real, pero huidiza; el conocimiento no llega a alcanzar la inteligibilidad radical de las cosas que persigue; el arte no logra hacer presente plenamente y a todos el milagro del mundo, como tal milagro, según Mounier, sin duda hermoso; las morales no consiguen desprenderse del formalismo y no llegan a purificar, a desenlazar el corazón humano; la historia no llega a eliminar la violencia; la religión no consigue mantenerse en su espíritu puro. En definitiva, “el fracaso surge por

2 Para una aproximación a la figura y obra del iniciador del Personalismo comunitario y su significado como cristiano, de las obras que citamos en este estudio, véase en especial Carlos Díaz Hernández, *Emmanuel Mounier (Un testimonio luminoso)* (Fundación Emmanuel Mounier, 2000); Nunzio Bombaci, *Una vida, un testimonio, Emmanuel Mounier* (Fundación Emmanuel Mounier, 2002).

3 En esto, como en casi todo, Mounier elabora un pensamiento hondamente inductivo o experiencial: “Mounier no iba del personalismo a la persona, sino de la persona al personalismo”: “Un testimonio y una guía: Emmanuel Mounier”, en Jean Lacroix, Lucien Guisard, Herve Chaigne y Jorge Piquer, *Presencia de Mounier* (Nova Terra, 1966), 17.

4 Véase Carlos Díaz, *Mounier y la identidad cristiana* (Sígueme, 1978), 84-86.

5 La más amplia estimación reciente sobre la vigencia de la figura y obra de E. Mounier se halla seguramente en las Actas del Coloquio organizado por la UNESCO bajo la dirección de P. Ricoeur y J. Delors y celebrado en París en octubre de 2000, *Emmanuel Mounier. L'actualité d'un grand témoin* (Parole et silence, vol. I, 2003; vol. II, 2006).

doquier sobre las altas obras humanas. La muerte corta su carrera”<sup>6</sup>. Nada en la relación del hombre y el mundo evoca una armonía a lo Leibniz. La inseguridad, la preocupación son nuestro lote. Nada hace prever que esa lucha pueda acabar en un plazo apreciable, nada nos insta a dudar de que ella sea constitutiva de nuestra condición<sup>7</sup>. “Nada de necedades a lo Leibniz”, se reitera, necedades que Mounier califica como una afectuosa sordera a los rechinamientos de un universo que está fragmentado. Como dijera G. Marcel, este es un mundo roto y no podemos tener una visión unificante de la totalidad del ser<sup>8</sup>. En su confrontación con el repudio del cristianismo proferido por Nietzsche<sup>9</sup>, Mounier pregunta si el cristianismo es ajeno a la desesperación, a lo trágico, señalando que más de lo debido bajo el nombre de lo cristiano existe “un código de decoro moral y religioso” cuya principal preocupación parece ser colmar los abismos, dejar a un lado las audacias, evacuar el sufrimiento, domesticar las angustias de nuestra condición. Frente a ello, la denuncia de Nietzsche que Mounier parece ver con alguna simpatía: “Tampoco amo a aquellos para los que todas las cosas son buenas y juzgan este mundo como el mejor de los mundos”<sup>10</sup>. En efecto, según nuestro autor, nada se parece menos que el cristianismo a un sistema destinado a cubrir las brechas de la metafísica y las disonancias de la experiencia<sup>11</sup>.

Es preciso desterrar del corazón facilidades y armonías que no son auténticas<sup>12</sup>. En cualquier caso, sea la que sea la constitución general del mundo o la marcha de la historia, a lo que hay que atender es a la suerte corrida por cada persona, que en modo alguno se puede relegar, como en alguna ocasión, aun con brevedad, reivindicará Mounier. Cuando en un debate con compañeros en la aventura de *Esprit* se apunta la conveniencia de esperar a conocer el final de un difícil proceso histórico, él replicará que durante ese tiempo existen este y aquel

6 “El Personalismo”, en Emmanuel Mounier, *Obras completas*, III (Sígueme, 1988), 518-519. “Humanamente, todo se hunde, las inocencias no se descubren ya, las amarguras no se disuelven...”: “Mounier y su generación”, *Obras Completas*, IV (Sígueme, 1998), 40. Citamos los escritos de Mounier por esta edición en español, en cuatro volúmenes, de sus *Obras Completas (O. C.)*, a cargo del Instituto Emmanuel Mounier de España, 1988-1993.

7 “El Personalismo”, 472.

8 Una fenomenología como la de Sartre debe dejar aparecer la herida íntima de todo ser y la presencia de una ausencia, por muy limitada que sea la descripción sartriana, se integra mejor en una visión auténtica que la sonrisa de San Sulpicio o las armonías leibnizianas: “Perspectivas existencialistas y perspectivas cristianas”, *O. C.*, IV, 416.

9 Mounier fue el primer pensador cristiano que hizo frente con profundidad al poderoso rechazo del cristianismo de Nietzsche, poniendo en valor la fuerza espiritual y el dramatismo de lo cristiano; puede verse nuestro estudio “Fulgores del hombre nuevo. La apología del espíritu cristiano de Emmanuel Mounier”, *Revista Agustiniiana* XLV (2004): 425-465.

10 “El afrontamiento cristiano”, *O. C.*, III, 36.

11 *Id.*, 41.

12 “Revolución personalista y comunitaria”, *O. C.*, I, 206.

individuos que pueden perecer en dicho proceso y que son el interés ineludible: “Yo no puedo pensar únicamente en el movimiento de conjunto”<sup>13</sup>. Posición la más natural en un pensador que afirmó la absoluta prioridad de la persona como elemento basilar<sup>14</sup>.

En la experiencia moral ya mencionada, Mounier apunta la realidad del conflicto de valores que puede vivir el hombre: “Los valores se desgarran entre sí y no logran formar una totalidad armoniosa”. Ciertamente, la alegría acompaña lo que es una vida valorizada, ésta es inseparable de aquella, pero no lo es menos el sufrimiento que, lejos de disminuir con el progreso de la vida organizada, se agudiza y se desarrolla a medida que la persona se enriquece de existencia, es decir, asume más experiencia de vida valiosa. Más aún, dice Mounier en una observación de alguna agudeza, “el sufrimiento es frecuentemente rescatado por las fuentes de humanidad que desarrolla”<sup>15</sup>, es decir, recuperado, potenciado por la misma calidad humana que el sufrimiento es capaz de desarrollar y de hecho desarrolla, describiéndose así una cierta espiral negativa en la experiencia del hombre: la madurez o finura humana que el dolor puede alumbrar no hace sino aumentarlo.

Y, además, el interrogante grave sobre el espesor incuestionable del mal padecido por el hombre: “¿quién negará el carácter absoluto de ciertas formas de mal?” Según el pensador francés, se puede tratar de reabsorberlo en un orden intemporal, del que sería condición necesaria, como hacen Leibniz o Malebranche, pero con pleno acierto sostiene que esta orquestación escamotea la experiencia del sufrimiento que hace cada hombre, en la reivindicación del individuo que acabamos de ver. Tal procedimiento escamotea la mordedura del mal que es tan íntima como la del amor, su pesantez escandalosa, incluso su singular poder de atracción, el que el mal puede llegar a ejercer, igual al de los más altos valores. Si en tales interpretaciones se hace del sufrimiento una fatalidad -como en los dos filósofos que Mounier ha citado en quienes el mal puede ser pieza necesaria en la armonía del conjunto- ¿dónde está la libertad?, siendo cierto, según el fundador de *Esprit*, que de hecho, “el mal comienza con la persona”. Esta afirmación tiene sentido en el plano antropológico, es decir, respecto del mal moral, que como tal no puede proceder de un mecanismo ineluctable, afirmación compatible con la

13 “Mounier y su generación”, *O. C.*, III, 534-535.

14 Por vía de ejemplo: “Afirmación del valor absoluto de la persona humana... la persona humana es un absoluto respecto de cualquier otra realidad material o social y de cualquier otra persona humana. Jamás puede ser considerada como parte de un todo. Familia, clase, Estado, nación, humanidad...”: “Manifiesto al servicio del Personalismo”, *O. C.*, I, 626.

15 “El Personalismo”, 518-519.

idea del autor sobre la dimensión metafísica del mal que sugería lo dicho inmediatamente antes. En cualquier caso, el mal nos recuerda que, si bien la persona aspira a la plenitud, en la condición humana no es la plenitud del ser. Surgida de la nada, nuestra libertad es brote de nada al mismo tiempo que brote de existencia. Circunstancias extremas como las revelaciones del universo concentracionario o experiencias-límite como las de los místicos, que padecen hasta la desesperación el sabor de la nada por los caminos del Absoluto, recuerdan esta condición íntima de la libertad<sup>16</sup>. Desde la convicción profunda del mal inevitable, la necesidad, que veremos con más detalle, de renunciar, en la comprensión de la historia, a la ilusión del progreso continuo, como postulara un ilustrado como Condorcet, no citado en este contexto, pero a quien Mounier menciona varias veces.

Por todo eso, a la postre, la exhortación dirigida a amigos suyos en una carta de 1948: No vale la pena seguir hablando del dolor que, siendo tan enorme, por tanto tan evidente, se hace insoportable agrandarlo con la palabra<sup>17</sup>. El dolor, derivada del mal ineludible, no tiene rostro, no tiene un nombre seguro, no sirve para nada y, sin embargo “está más presente que los rostros, es más seguro que los amigos, es más fecundo que nuestros trabajos”, terminando la constatación de su omnipresencia con una referencia evangélica aplicada al momento: “Hermanos míos heridos, sabéis bien que creo que el Monte de los Olivos está vivo, más vivo que nunca”<sup>18</sup>.

En conexión con el mal indefectible que se padece, no falta la mención, muy prudente, al pecado original que pocos años más tarde sería objeto de un intenso debate en la teología católica en busca de una nueva comprensión: “El misterio de una falta de la que no sabemos nada nos convierte en extranjeros en la naturaleza, reyes singulares de una creación de la que somos dos de cada tres veces el juguete y la víctima”<sup>19</sup>. Pero no se evita la que es realmente pregunta radical sobre la creación de Dios, porque indudablemente el interrogante último será siempre por el misterioso designio creador de un mundo en el que hay desdicha y dolor, si bien Mounier la refiere solo al ser humano: ¿Por qué Dios no ha creado la naturaleza del hombre en un estado de perfección?, ¿por qué la evolución, el avance vacilante de la historia? Él tiene alguna respuesta que será frecuente en el

16 Ib.

17 “Mounier nunca analiza el dolor en sí mismo, en un estéril victimismo o en una morbosa *voluntas dolendi*...”: Bombaci, *Una vida, un testimonio*, 159.

18 “Mounier y su generación”, *O. C.*, IV, 921.

19 “El afrontamiento cristiano”, 40. “...universo profundamente herido de la existencia post-adámica, desgarrado incluso en su intimidad”, aunque al mismo tiempo efervescente de libertad e inundado de gracia: *Id.*, 37.

pensamiento cristiano contemporáneo, estribando sobre una cierta instancia humanista que pone en valor las capacidades del ser humano: La fe responde, dice Mounier, que Dios es padre, no paternalista y ha querido que la liberación del hombre fuera también fruto de su trabajo, de su genio y sus sufrimientos, que un día gustara no una limosna abrumadora caída del cielo, que tuviera el gusto de sus esperanzas, penas, pruebas y amores. La humanidad se hará por sí misma, lentamente, progresivamente. No gozaría el hombre de la beatitud celeste si de algún modo no la hubiera preparado con sus manos. El progreso es avance, pero comporta también esperas y retrasos y la duración histórica no tiene más sentido que si el tiempo es a la vez paciencia de Dios y gloria de la libertad, pero también gloria de un Dios de bondad que no se ríe de nuestras impotencias<sup>20</sup>.

Pero si todo está sombreado por la imperfección y el sufrimiento, si Mounier diagnostica el espesor del mal, al mismo tiempo también estaría próximo a la firme convicción de Ch. Péguy que era para éste fuente inagotable de fecundidad, la convicción de que el mal no tiene tanto ser ni tanta profundidad, que más allá de las agitaciones que provoca en el corazón humano solo es capaz de ofrecer necesidad y suciedades y que la caridad muerde su presa infinitamente más hondo y la llena de muchas más riquezas que la crueldad<sup>21</sup>. No es el mal en este mundo lo prevalente y su sombra permanente no justifica una postura de desprecio hacia las realidades de esta tierra que en su seria limitación no deja de ser buena y el mal, con su peso terrible, no tiene la última victoria. En una carta de 1943, en plena Guerra Mundial, en tono de leve y cariñoso reproche, a raíz de algún equívoco habido entre ambos, se dirige a su madre a propósito de asunto de tanta importancia como las relaciones interpersonales en las que es imposible una pureza, no obstante ser anhelada: “Tú querías un afecto que fuera todo comodidad y espontaneidad, que fuera una gracia perpetua de frescor y facilidad. Todos lo queríamos”. Pero ese afecto como vínculo de relaciones interhumanas, como también la madre sabe, no es de este mundo, sin que haya que dar una valoración negativa a cosas que son parte de esta realidad: “Las aproximaciones laboriosas, los rodeos necesarios, las explicaciones y el medio fracaso que acompaña a toda causa que esté situada un poco alta”<sup>22</sup>.

20 “El pequeño miedo del siglo XX”, *O. C.*, III, 443. Parece claro que la última frase del texto abriría a la mención de la cruz de Jesucristo donde Dios ha hecho suyas, con toda seriedad, las impotencias del hombre.

21 “El pensamiento de Charles Péguy”, *O. C.*, I, 156.

22 “Mounier y su generación”, 886.

## 2. PROCESO DEL MAL HISTÓRICO CONTEMPORÁNEO

Desde su postura muy crítica frente a la política y la economía capitalista y la mentalidad burguesa respecto de la marcha social, Mounier no duda en afirmar que la raíz profunda del mal está en el mundo del dinero, contra el cual proclama abiertamente una lucha inexorable<sup>23</sup>. Más atrás, como subyacente a todo el sistema, está lo que denomina “el principio metafísico del optimismo liberal”, según el cual, dejadas a su propio impulso, las libertades humanas establecen espontáneamente la armonía<sup>24</sup>. Por el contrario, la experiencia ha demostrado que la libertad sin disciplina cede el campo a los determinismos del mal en el que los más fuertes desposeen y oprimen a los más débiles<sup>25</sup>.

Pero más acá de juicios generalistas como éstos sobre las raíces del mal en el mundo moderno, en junio de 1945, próximo el final de la Segunda Guerra Mundial y cuando Francia ya liberada canta victoria en la derrota de Alemania, Mounier señala el horror conocido en los campos de concentración nazis. En medio de ese júbilo, llegan vivas las imágenes horrorosas de los campos de exterminio, en las que lo más horrible no es la tortura o el horror, es “la organización sombría, científica y cotidiana del envilecimiento en el hombre de la imagen del hombre”. Ahora toca, según él, que ese horror no sea vano: “Es preciso jurarnos a nosotros mismos que nunca pondremos un pie en el camino que conduce a estas tierras inhumanas al servicio de ninguna causa, por legítima que sea, ni al servicio de ninguna venganza, por muy justificada que sea”.

Para Mounier es una evidencia que no calla que ningún otro pueblo más que el alemán podría alcanzar estos extremos de sadismo, poner de ese modo las más altas organizaciones de la inteligencia al servicio de la bestia. Nada comparable al horror de los campos hitlerianos. Empero, la indignación comporta el peligro de pensar que los crímenes que rechazamos no encuentren en nosotros ninguna vinculación o complicidad, y para el pensador francés, el mal que ha infectado los

23 “Revolución personalista y comunitaria”, 408. En los años 30, la economía capitalista, en medio de grandes crisis, permite un enriquecimiento descarado a costa de la pobreza de grandes masas, lo que Mounier denunciará, en expresión célebre, como “el desorden establecido”.

24 De la condena de Mounier del sistema capitalista, que considera el principal agente de opresión de la persona humana en la historia, J. Conilh afirmará con buena lógica que es total porque es metafísica: Jean Marie Domenach, *Mounier según Mounier* (Laia, 1973), 98. Más atrás, en la raíz del mal está el individualismo, ver Candide Moix, *El pensamiento de Emmanuel Mounier* (Estela, 1964) 137.

25 “Revolución personalista y comunitaria”, 308. En Id., 308 ss el desarrollo crítico de los tres principios de la política y la economía liberal: primado de la producción, primado del dinero, primado del beneficio.

campos de represión nazis no es solo un mal alemán. También en Francia, aunque no comparables a los hitlerianos, ha habido campos de concentración entre 1940 y 1944 en los que no faltaron verdugos; los campos, constata Mounier, funcionaron<sup>26</sup>. Siempre hay sádicos y amargados dispuestos a sus más bajos oficios, sin más convicción que el placer de humillar y asesinar. Es grande la tentación de conceder a las pasiones brutales un papel mayor del que conviene. La sumisión por medio del terror es más total que la que nace de una autoridad rigurosa, pero nada es más frágil que los equilibrios sostenidos por el miedo<sup>27</sup>.

Al respecto, ensaya aquí un diagnóstico sugerente sobre la raíz de tamaño mal, buceando en los hondos dinamismos psíquicos y espirituales de la historia y la cultura europea, en lo que el fundador de *Esprit* fue un maestro consumado. En esta diagnosis, el hombre contemporáneo, después de haber negado las fuerzas irracionales, no ha encontrado un equilibrio para ellas, ni en él, ni en el mundo, y entonces tales fuerzas explotan a la aventura y rompen uno tras otro todos los controles de la civilización: “Ha comenzado una inmensa bacanal sobre las ruinas comunes del racionalismo y de la cristiandad”. Puede llamar la atención que se hable de ruinas comunes del racionalismo y la civilización cristiana, como que ambos tuvieran un sustrato compartido; seguramente, a pesar de todo, una determinada racionalidad que, eliminada, ha dado lugar a una descompensación emocional que bate con furia destructiva sobre Occidente. Pasiones religiosas, prosigue Mounier, esto es, -hay que pensar- causas vividas con un apasionamiento propio de la experiencia de lo Absoluto, que ya no conocen ni su nombre ni su dueño, soplan sobre instintos desencadenados cuyas ataduras han cortado unos literatos bonitos en plan de juego. Este es el verdadero drama subterráneo que el autor quiere sacar a la luz, añadiendo que la palabra mágica de la victoria, ahora, en 1945, vencida Alemania, no va a arreglar<sup>28</sup>.

El diagnóstico tiene otra formulación en el estudio sobre el Existencialismo, ahora centrada solo en el eclipse de la cristiandad. En extensos dominios de Occidente, la visión cristiana del mundo ya no es combatida, es como una supervivencia de otra época que será preciso tolerar por algún tiempo. Nadie duda de que esta evolución deja un desequilibrio íntimo en el alma moderna. Fuerzas,

26 En España no puede no pensarse en los terribles campos de internamiento del sur de Francia en los que, en otras circunstancias, fueron reclusos en 1939 miles de exiliados republicanos españoles, donde tantos morirán a causa de enfermedades, desnutrición o el suicidio.

27 “Las certidumbres difíciles”, *O. C.*, IV, 109-110.

28 Todo el proyecto de Mounier en torno al Personalismo comunitario y *Esprit* ha nacido de la convicción radical sobre la grave crisis espiritual que padece Europa desde tiempo atrás, frente a la cual un hecho de tanta magnitud como la derrota del nazismo tras cinco años de guerra mundial no significará mucho.

sentimientos potentes que siempre apoyarán al hombre en el mundo, se encuentran súbitamente sin objeto. Tan pronto enloquecen en “místicas” sustitutivas como nación o raza, tan pronto se convierten en disgusto de vivir, y si fundan una acción, la hacen desesperar. A las filosofías del absurdo y de la desesperación les está prometido un camino mientras la conciencia occidental no haya reencontrado, más allá de esta crisis, un nuevo impulso de vida y un nuevo equilibrio del hombre<sup>29</sup>.

### 3. ESPIRITUALIDAD DEL DOLOR. UN ABANICO DE REGISTROS

A la indefectibilidad del mal corresponde lo insoslayable del sufrimiento en la vida de los hombres, hasta ser un verdadero existencial que reclama una postura suficientemente lúcida que será factor muy determinante en la configuración de la vida. Porque lo que no tiene el menor sentido es querer ignorar el mal y el sufrimiento. Mounier afronta el mal irreductible a cualquier comprensión global de la realidad desde diversidad de posiciones y, como ubicación determinante, desde su firmísimo anclaje en la fe cristiana. Y esto, como dijimos al comienzo, en su pensamiento, pero antes, radicalmente, en su propia experiencia de vida, bien marcada por el dolor. Desde joven, Mounier ha vivido la experiencia sumamente dolorosa de la muerte de su único amigo, G. Berthélemy, y a Paulette Leclercq, joven belga que en su momento se convertirá al catolicismo y con quien Mounier contraerá matrimonio, en 1933 le recuerda haberle contado ya alguna de las heridas que había recibido. A las que hay que sumar otra que no es solo suya, la herida ininterrumpida del cristiano en el mundo, la herida de la soledad<sup>30</sup>. Más tarde, la desgracia de su hija mayor que veremos con detalle, y en su conjunto una vida de muchísimo trabajo y privaciones por su entrega a la causa del Personalismo que era la causa del hombre, vida que quebrará temprano, a los 45 años, víctima de una crisis cardíaca<sup>31</sup>. Por lo demás, a quien será su esposa, le confiesa la presencia casi constante del sufrimiento en su mente, ya desde la

29 “Introducción a los existencialismos”, *O. C.*, III, 123.

30 “Mounier y su generación”, 592. Este peculiar padecimiento que aporta la fe cristiana, vivida en cierta marginalidad en este mundo, pero afrontado en medio de gran fe y esperanza, se emparenta mucho con la noción mounieriana “optimismo trágico” que veremos más adelante.

31 Ver Moix, *El pensamiento de Emmanuel Mounier*, 47; Díaz, *Emmanuel Mounier (un testimonio luminoso)*, 229 ss. “Emmanuel Mounier a vécu le mystère pascal dans sa totalité, jusque dans les épreuves”: René Rémond, “Emmanuel Mounier et l’avenir du christianisme”, en *Emmanuel Mounier. Actes du colloque tenu à l’Unesco*, vol. 1, ed. Guy Coq (Parole et silence, 2003), 191-192.

adolescencia<sup>32</sup>. En esos años, en el momento de dormirse, en su pensamiento era algo constante imaginar el sufrimiento en distintas formas, desde un accidente a una enfermedad, lo que no disminuía el frescor juvenil de aquel tiempo, pero le parecía que no podía figurarse la alegría más que compartiendo el sufrimiento. Para añadir que en el día, cuando los sueños se retiraban, la cosa era parecida<sup>33</sup>.

En lo que exponemos ahora, el complejo espectro de experiencias espirituales ante el dolor, es fuente primordial la abundante correspondencia de Mounier<sup>34</sup> en la que vierte, en un diálogo afectuoso con distintos interlocutores, experiencias y convicciones muy íntimas, también relativas a la experiencia humana y cristiana del sufrimiento que se ha hecho presente con virulencia en su vida.

### 3. 1. Fecundidad del sufrimiento

En dos alusiones breves ha aparecido ya lo fecundo del sufrimiento, convicción firme y a su vez fecunda en el pensamiento y la vida de Emmanuel Mounier. La poderosa efectividad humana del sufrir es una convicción temprana que atravesará toda su vida y su obra. En 1928, a sus 23 años, en una circunstancia sumamente dolorosa, después de haber amortajado al amigo del alma, Mounier va a escuchar *Las Bienaventuranzas* de Cesar Frank, y en un estado espiritual que podemos entender de vivo dolor sublimado por la belleza de la música, Mounier relata a su maestro J. Chevalier<sup>35</sup> haber vivido en aquellos momentos “como una alucinación de lo divino”. Pero es preciso advertir que la base permanente de esa extraordinaria experiencia espiritual, la base no desaparecida sino elevada bajo la fascinación de la música, ha sido el dolor por la muerte del amigo que le lleva a la sentencia firme: “El sufrimiento nos abre el camino de Dios”. A pesar de la desgracia irreparable, añade, los días que está viviendo son de los más ricos y si por adelantado se rechazaran, después no se querría haber dejado de vivirlos<sup>36</sup>.

32 “Lo que yo esperaba de la vida era encontrar personas... y sabía bien lo que esto quería decir: encontrar el sufrimiento”, “Mounier y su generación”, 467.

33 Ib.

34 Su esposa Paulette cuidó la selección de su correspondencia publicada bajo el título “Mounier y su generación” que ya hemos citado y que recoge parte relevante de sus cartas y apuntes a modo de diario. Ella dirá en la introducción, pág. 461, que pocos hombres mantuvieron una correspondencia tan voluminosa como su marido. Se han reunido las cartas sobre el tema del sufrimiento en el volumen *Cartas desde el dolor*, Madrid 1998. En Italia apareció a finales de los años 60 una selección no muy amplia, pero certera, de cartas de Mounier a Paulette, entonces su novia, sobre la concepción cristiana del amor y la vida conyugal y más tarde en torno a la hija enferma: Giuseppe Ricca, *Il padre di Françoise Mounier* (La Locusta, 1968), 25-53.

35 Ante él vivirá años más tarde cierto alejamiento ideológico, pero cuando Chevalier sea purgado al acabar la Guerra, Mounier se acercará a él con la grandeza de espíritu que siempre tuvo; ver Díaz, *Emmanuel Mounier (Un testimonio luminoso)*, 167-168.

36 “Mounier y su generación”, 486-487.

Cuando años más tarde recuerde la muerte dolorosísima del amigo G. Berthélemy escribirá que recuerda aquellas horas como las más horrorosas y las más luminosas de su juventud; para un cristiano el sufrimiento es inseparable de una luz que no deja de haber sobre él<sup>37</sup>. Esto echaba en falta el joven Mounier en aquellos años de formación en algunos profesores, el sacrificio aceptado, o la prueba, que es un sacrificio arrancado, y la misma noción, noción concreta, de la miseria humana<sup>38</sup>. Muchos años después, ante la desgracia vivida por unos amigos, les hace saber: “la experiencia del dolor es suntuosa bajo los harapos repelentes de mujer pobre”<sup>39</sup>.

En varias ocasiones más comparece en su correspondencia la travesía necesaria por el dolor en el camino hacia realidades superiores. En 1934, a Paulette con quien contraerá matrimonio al año siguiente<sup>40</sup>, escribe, sin que resulte fácil determinar la circunstancia que motiva esta reflexión: es preciso el aguijón de la angustia, hasta los santos han dudado de todo, de su amor y de Dios, “ninguna luz se entrega sin esta noche, nada es decididamente grande hasta que la vida no te ha puesto en la prueba de negarte rotundamente y sin apelación algo que deseabas con todas tus ganas”<sup>41</sup>. Al año siguiente, en *Revolución personalista y comunitaria*, escribirá que la experiencia del sufrimiento aparece en algún momento como requisito necesario en la acción social y cultural que él perseguía, de modo que quien no sienta la miseria como una presencia y una quemadura en su carne sólo planteará objeciones vanas y polemizará en vano<sup>42</sup>. Tiempo después, ante la grave enfermedad de su hija primogénita, cuya historia ha marcado profundamente la vicisitud religiosa de Mounier, le dirá a su esposa que la hijita enferma, cual víctima inocente, ha de ser fuente inagotable de gracia<sup>43</sup>.

Más tarde, en septiembre de 1941 llega la noticia de la prohibición de *Esprit* por parte del gobierno de Vichy por su orientación ideológica, noticia sumamente penosa para quien la revista era parte sustancial de su existencia. La noticia, sin embargo, no deja en Mounier sombra alguna de tristeza o amargura y confiesa que nunca ha sentido a *Esprit* tan fuerte y viva como en ese momento en que la han matado: “Siento que una fuerza joven crece en mí por esta muerte”. La

37 Id., 484-485.

38 Id., 490.

39 Id., 921.

40 Pudorosamente, sólo tras la muerte de ella, en París, en 1991, se publicó un fragmento en que Mounier contaba lo que había sido la bellísima historia de amor entre ellos, de la más alta delicadeza y sentido religioso; ver Díaz, *Emmanuel Mounier (Un testimonio luminoso)*, 139-144.

41 “Mounier y su generación”, 617.

42 “Revolución personalista y comunitaria”, 165-166.

43 “Mounier y su generación”, 755.

desaparición de la revista, que no puede no ser tan dolorosa, ha de tener su fecundidad, servirá para callar durante un tiempo, para renovar los corazones y las palabras y un día resucitará en la forma que Dios quiera<sup>44</sup>. No mucho después, febrero de 1942, Mounier es encarcelado, primero unos días en Lyon y después llevado a Clermont Ferrand<sup>45</sup> y entonces hace saber a sus padres que es profundamente feliz por vivir tal situación, pues a un hombre le hace falta haber conocido la enfermedad, la desgracia o la prisión<sup>46</sup>. A Paulette escribe en ese mismo año que un día, cuando vean la fecundidad de todas las cosas grisáceas de la vida, se dirán a sí mismos que eran muy tontos por querer a cualquier precio que no existieran y que la vida desplegara su felicidad pequeña y tranquila<sup>47</sup>.

### 3. 2. La esperanza en el sufrir

Siendo ineluctable el mal y el dolor, en su medio hay que abrir espacio a la esperanza, que justamente por mor de los poderes del mal no es una virtud fácil. En *El Personalismo*, cuando Mounier glosaba la extensión de la impotencia y la frustración por tantos espacios de la vida humana y apuntaba la existencia de formas de mal con cierto carácter absoluto, preguntaba si será el ser o la nada, el mal o el bien, lo que finalmente prevalecerá. A él, una suerte de confianza gozosa unida a una expansión de la experiencia personal, le inclina a la respuesta optimista, afirmando, empero, que ni la experiencia ni la razón pueden decidir, lo que viene a señalar la inexistencia de factores rigurosamente demostrativos que sostengan una esperanza como la suya en medio del mal y el sufrimiento. Quienes mantienen una posición positiva, cristianos o no, sólo lo hacen guiados por una fe que desborda toda experiencia<sup>48</sup>. Cristianos o no, porque para el mismo A. Camus, en *La Peste*, la plaga tiene un final y el periodista Rambert de la novela vuelve a encontrar la felicidad; a la postre, “ni siquiera Camus ha podido mantener hasta el final la sombría disciplina”<sup>49</sup>. Veremos, en todo caso, el tenor concreto del optimismo de Mounier. Como señalaba Moix, el fundador de *Esprit*, atento a la llamada de los acontecimientos, fue siempre un hombre colmado de esperanza, de

44 Id., 810-811.

45 Sobre los motivos de la detención y las vicisitudes del encarcelamiento durante 10 meses, Díaz, *Emmanuel Mounier (Un testimonio luminoso)*, 181ss; Bombaci, *Una vida, un testimonio*, 183-185; Moix, *El pensamiento de Emmanuel Mounier*, 35-40.

46 “Mounier y su generación”, 830.

47 Id., 862.

48 “El Personalismo”, 518-519.

49 “La esperanza de los desesperados”, *O. C.*, IV, 385. No es irrelevante, ni es por afán de paradoja, como ha señalado Lucien Guissard, *Emmanuel Mounier*, 2ª ed. (Fontanella, 1968), 188, que Mounier escogiera por título del escrito donde figura el estudio sobre Camus “la esperanza de los desesperados”.

cuyas fuentes abundantes extraía su alegría y su juventud invencibles y si a menudo hablaba de lo trágico, no conoció, sin embargo, la amargura<sup>50</sup>. Su esperanza, cuando todo se hunde, es ciertamente aquella que alumbra la fe cristiana, pues no hay una sola sombra, por resistente que sea, que no pueda ser tocada por la gracia<sup>51</sup>. Y al tiempo, él mismo se describía a Paulette como llamado a la fe por su natural constitución, con una natural actitud edificante ante el mundo, con solidez interior, que le ha preservado de trastornos y desesperaciones. Para tener que preguntarse en otra ocasión cuánto en su facilidad para instalarse en la esperanza procede del *habitus* cristiano y cuánto de su temperamento<sup>52</sup>.

Hay situaciones, además, en las que no solo no cabe perder la esperanza, sino que mantenerla, incluso, se siente como un deber. A finales de 1938, Francisca, la hija primogénita, a los siete meses, tiene una reacción meníngea a una vacuna antivariólica, inicialmente muy ligera, nada más que susto<sup>53</sup>, pero con el tiempo la encefalitis progresará, suscitando en el padre una peculiar esperanza en una curación que nunca llegaría. Para él y su esposa Paulette, la enfermedad de la hija será el mayor sufrimiento y dará pie a una abundante meditación sobre el misterio del dolor, reflejada en sus cartas<sup>54</sup>. Pocos meses después del accidente cerebral de la niña, cuando aún cabía concebir una curación, pero ante la fuerza de la desgracia, Mounier escribirá que Dios continúa probando la esperanza suya y de su esposa<sup>55</sup>. Tres años más tarde, en respuesta a una carta de Paulette, Mounier le manifiesta sentirse conmovido por lo que le dice de la experiencia que está viviendo ella con la hija enferma. Y le confiesa no agarrarse ya a nada, no quiere volver a las esperanzas agotadoras de 1939 y, sin embargo, le confía que ha vivido días en que se decía a sí mismo que había una especie de pecado en perder totalmente la esperanza en la curación de la hija. Perder por completo la esperanza, dice Mounier, con la finura espiritual que es capaz de suscitar el amor, sería dejar sola a la niña al hilo de su destino; una suerte de obligación de amor es seguir confiando, no hacerlo parecería desentenderse de ella y entregarla a un final trágico. La esperanza que no quiere declinar, la confianza en la posibilidad infinitesimal de recuperación, que la niña sea un poco persona, “quizás nos haga

50 Moix, *El pensamiento de Emmanuel Mounier*, 53-54.

51 “Mounier y su generación”, 598.

52 Id., 481. En una entrevista cuando iban a cumplirse 25 años del fallecimiento de su esposo, Paulette dirá que Mounier siempre era optimista: Manuel Maceiras, “El sueño de Emmanuel Mounier: responder a la crisis total”, *Razón y Fe* 189 (1974): 157.

53 “Mounier y su generación”, 713.

54 Como señalaba Guissard, *Emmanuel Mounier*, 33, sería menester leer todas las cartas de Mounier a su esposa en 1940, cuando la curación de Francisca se ve ya imposible.

55 “Mounier y su generación”, 714.

descubrir universos en una sonrisa, en un gesto desmañado como esta primera mirada”<sup>56</sup>. En una afirmación de cierta audacia, Mounier dirá alguna vez que la esperanza puede ser fecunda, lo que se le entrega vive o quizá pueda vivir: “Todo lo que ofrecemos a la esperanza nos traerá días más plenos que muchas situaciones que se hubieran soñado”<sup>57</sup>. En esto Mounier ha tocado la sustancia íntima de esta virtud que es proteger lo que se depone en su seno, lo cual, desde luego, requiere alguna garantía externa que para el autor francés es la fe en Dios que se expresa en el contexto de esa sentencia.

### 3. 3. Solidaridad con los sufrientes

Dentro de la relativa brevedad de los comentarios de Mounier sobre el mal y el sufrimiento, un aspecto sobre el que se expresa con reiteración es la solidaridad con aquellos especialmente afectados por el mal, asumida sobre todo en el marco trágico de la guerra y a través de la desgracia de la hija enferma. Pero esta posición tiene como marco suyo la constitutiva vinculación a los otros propia de la persona singular, tal como sostiene Mounier. Desde su primera infancia, el primer movimiento que revela al ser humano es un movimiento hacia el otro y el primer acto de la persona es suscitar con otros una sociedad de personas, de suerte que la persona no existe sino hacia los otros<sup>58</sup>.

En 1933, por su defecto de la vista será reclutado en el servicio militar para tareas auxiliares, en alguna comisión de retaguardia, ante lo cual escribe a su maestro Chevalier que no es esa la forma en que un cristiano salva su alma cuando el mundo sufre. Por mor de un sentimiento de solidaridad con ese sufrir en el que no participará querría hacer una petición para pasar al servicio de camilleros, algo más cercano al dolor<sup>59</sup>.

En septiembre de 1939, cuando se perfila la terrible conflagración de la Segunda Guerra Mundial, Mounier escribe a su esposa que, habiendo tenido siempre, con algún espanto, la sensación de sentirse perseguido por una especie de fatalidad feliz, ahora tiene la única alegría de entrar en el drama cristiano que está a punto de cumplirse y de poder sufrir un poco con todos, de tal suerte que lo que le ocurre es realmente saludable<sup>60</sup>. Todavía en 1943 al sacerdote Villepet reiterará

56 Id., 844.

57 Id., 734.

58 “El Personalismo”, 475-476.

59 “Mounier y su generación”, 593.

60 Id., 726.

la confesión de que en algún momento, con todo, se siente “odiosamente privilegiado”; tantos han sufrido y merecido más que él y arrastran todavía su infortunio, mientras que todos se las ingenian para apartar cualquier obstáculo ante él<sup>61</sup>. No cabe ver en estas expresiones una retórica falsa, y en la convicción clara de su sinceridad sólo es posible percibir ahí el generoso reconocimiento del sufrimiento mayor de otros muchos, siendo cierto, como dijimos, que en la vida de Mounier no han faltado cruces de diverso formato.

Refiriéndose a su esposa, escribe que la guerra le ha deparado los momentos más atroces de soledad y angustia, pero a pesar de ello, a ella y a él, a los dos, la guerra “ha acabado de curarnos de la enfermedad de Francisca”, “llegó la guerra y anegó nuestra desgracia en la gran calamidad común”. Es decir, ha propiciado una liberación espiritual en el modo de vivir la desgracia de la hija enferma, habiendo asociado su sufrimiento al de quienes padecen la destrucción y la muerte en la conflagración: “Ante tantos inocentes desgarrados, tantas inocencias pisoteadas, esa niña inmolada día a día constituía quizás nuestra presencia en el horror del momento”<sup>62</sup>. La posibilidad, a través del sufrimiento por la hija, de ser solidarios con el dolor por los masacrados en la guerra permite vivir de manera nueva ese sufrimiento de padres. Lo cual, evidentemente, supone en ellos, además del amor por las víctimas, la necesaria fuerza espiritual para poder hacerlo así. Sin referirse a la Guerra, a su amigo Lanfranc, en 1940, escribe que el drama de la niña le hace misteriosamente solidario con todos: la suerte de Francisca es “un eslabón fraternal de la gran desgracia humana, sin la cual estaríamos un poco a la zaga”<sup>63</sup>. En la carta a su esposa que acabamos de citar, Mounier añadía un comentario desde la figura y el rol del intelectual que ha de abrirse al compromiso más vivo con el dolor de los sufrientes, seguramente más allá del ejercicio racional de pensar el mal. Abrirse a un compromiso con la acción, -aquí, el padecimiento solidario, que acción es- que marcó toda la aventura del fundador de *Esprit*: “No se puede solamente escribir libros. Es preciso que la vida nos arranque periódicamente de la estafa del

61 Id., 879.

62 Id., 764. Ante este texto y otros de tenor semejante, un eximio conocedor del pensamiento y la peripetia cristiana del filósofo personalista confiesa haberse preguntado más de una vez cuándo se va elevar a Mounier a los altares de la Iglesia: Díaz, *Emmanuel Mounier (Un testimonio luminoso)*, 160. Pero la cuestión de la santidad de Mounier no es nueva. E. Borne hablando de la belleza cristiana de la existencia de Mounier afirmará que “podía haber vivido en la prueba sus momentos de santidad”: Guissard, *Emmanuel Mounier*, 201; ver Domenach, *Mounier según Mounier*, 9.

63 “Mounier y su generación”, 756.

pensamiento, el pensamiento que vive sobre los actos y los méritos de otro”<sup>64</sup>.

La solidaridad con los sufrientes lleva a adquirir la forma de una representación vicaria desde el propio sufrimiento vivido con la aceptación y la generosidad precisas. Escribe a Paulette a propósito de la enfermedad de la primogénita que si se limitan a sufrir, a aguantar o soportar, no cumplirán lo que se les ha pedido en la desgracia de la niña. No pueden pensar continuamente este mal como algo que se les quita, sino como algo que dan, que han de dar, sin explicitar más el perfil de esta donación que sin duda a alguien se tiene que ofrecer. Pero en esa entrega solidaria se perfila cierto aire de representación vicaria de todos los sufrientes. La pobre vocecita suplicante de los niños mártires del mundo y el pesar por haber perdido la infancia del corazón de millones de hombres piden como un mendigo al borde del camino: “Decidnos, vosotros que tenéis amor y las manos llenas de luz, vosotros queréis dar también esto por nosotros” y no querría Mounier perder estos días olvidando lo que son, días llenos de una gracia desconocida<sup>65</sup>. Y eso que se puede ofrecer es el sufrimiento propio, el de los padres por la niña enferma. No es suficiente sufrir, aguantar, el mal de la hijita no es des-gracia, no una mera carencia; es algo que les permite dar, es decir, una dolorosa carencia que es posible ofrecer como don propio en un misterioso dinamismo de solidaridad espiritual que solo puede tener sentido ante el Dios de la misericordia o ante espíritus ubicados en un circuito espiritual de solidaridad humana en el dolor.

En carta a Paulette se plasma una expresión más radical de la entrega vicaria de la niña por la multitud de sufrientes del mundo. Sobre el hombro de los padres, con el corazón fatigado y lloroso, se posa una mano y les muestra toda la desgracia humana, tantos desgarrados, odiados, asesinados y les muestra después a la hija y les dice: “Dadnos a esta niña por ellos”. Entonces, añade Mounier, sin saber si Él la guardará o se la devolverá, dulcemente, juntos los dos, “vamos a dársela a Él”, porque solo si la ponen en sus manos tienen alguna posibilidad de encontrarla de nuevo, estando seguros, en cualquier caso, de que lo que ocurra será bueno. Entonces están en su verdadera situación de cristianos<sup>66</sup>. Entregar a la niña enferma irrecuperable “por ellos”, la multitud de humillados y masacrados, es entregarla a Dios, evidentemente, y es entregarla en

64 Id. 764. Como certeramente se ha comentado al respecto, es el sufrimiento lo que salva de montar el pensamiento sobre méritos ajenos: Antonio Ruiz, “Manuel Mounier y la esperanza”, *Revista católica internacional Communio* 6 (1984): 386.

65 Id., 752-753.

66 “Mounier y su generación”, 754.

la más radical solidaridad, para compartir mediante ella el dolor terrible de tanto mal padecido.

En esa actitud de hondísima fraternidad con los sufrientes, a Paul Louis Landsberg, discípulo y amigo de Max Scheler, convertido al cristianismo y figura relevante del movimiento *Esprit*, más tarde fallecido prematuramente<sup>67</sup>, le hace saber: “Cada hora de tu combate -acompañando a su mujer hospitalizada- es nuestro combate. Cada hora de tu dolor es nuestro dolor”. Seguramente, no hay peor tropiezo, mayor dolor, que un rostro amado desfigurado, como la esposa de Landsberg, y Mounier le hace saber que Paulette y él están con ellos desde el lecho de su hija enferma, desde la vida que llevan con ella, que tiene sus acontecimientos como cualquier otra vida, pero que quizás sea más rica que una experiencia paternal ordinaria. Cuando ellos dos, a pesar de todo, adoran el misterio de bondad que hay en la hermosa mirada perdida de su niña, que no busca ya objetos ni personas, la fraternidad con Landsberg y su esposa enferma es la más viva que se pueda dar. Atraviesan todos ellos la prueba de la fe, y Mounier desea a sus amigos que la de ellos no dure más que el tiempo de una crisis espiritual<sup>68</sup>.

En 1941, bajo la ocupación alemana, Mounier, su esposa y la niña Francisca residen en Lyon en grave privación material, casi en la miseria<sup>69</sup>. Después, es detenido y pasa varios meses en prisión por una pertenencia -que no era cierta- al movimiento clandestino *Combat*. Mounier asumió ese castigo con una actitud crítica y escéptica dado lo absurdo e inútil de la medida, pero quiso vivir el encarcelamiento como solidaridad con los sufrientes, muy unido a las tantas víctimas que por su fe y su ideal vivían entonces padecimientos mayores. Se siente vivamente satisfecho por poder estar entre quienes padecen con entereza por fidelidad a su fe, como comenta a sus padres: “Qué puro gozo no estar al lado de la cobardía, ser consagrado mediante papel oficial como hermano de todos los inocentes que sufren por su fe en los campos de concentración, de todos aquellos que pueden hoy mirar sin bajar los ojos”<sup>70</sup>. Más aún, le parecería que situar eso que él denominaba “pequeño incidente personal”, dentro de la comunidad de dolor en la que Europa quemaba sus errores y crímenes, era el modo de darle alguna grandeza<sup>71</sup>.

67 Ver Díaz, *Emmanuel Mounier (Un testimonio luminoso)*, 137-138; Bombaci, *Una vida, un testimonio*, 119-120.

68 “Mounier y su generación”, 772.

69 Guissard, *Emmanuel Mounier*, 24.

70 “Mounier y su generación”, 811.

71 *Id.*, 825-826.

La única desgracia verdadera, dirá más tarde a su esposa, es sufrir aisladamente, sufrir por separado, como dándose la espalda, cuando ya no se siente en el mal común una fraternidad cruel, una intimidad desgraciada que tiene la virtualidad de arrancarle al mal su espina profunda, tal es su preciosa convicción<sup>72</sup>. Esta vivencia en fraternidad en el dolor es lo propio de quien fuera promotor de un personalismo comunitario fundado sobre la articulación entre la persona y la comunidad, indispensables cada una sin la otra<sup>73</sup>.

La solidaridad con el dolor ajeno no falta en elementos esenciales de la vida cristiana como la oración o la Eucaristía. En abril de 1940 escribe a un amigo que en breve se celebrarán en Lourdes dos misas, una por Francisca y la otra “por sus hermanos”, los niños enfermos por los que no reza nadie<sup>74</sup>. En otras ocasiones, tal solidaridad tiene perfiles más dramáticos. En junio de 1942, con algunos compañeros de prisión, Mounier hace una huelga de hambre que tuvo bastante difusión y que favorecerá su liberación<sup>75</sup>. En esos días, el capellán de la prisión le deniega la comunión por ser sospechoso de rebeldía contra el poder establecido, ante lo que Mounier comentará que si la Iglesia local le niega los sacramentos, vive esa situación en solidaridad con la Iglesia sufriente de Alemania y Polonia, o con la Iglesia triunfante de Austria<sup>76</sup>. Pocos días después, sobre el mismo suceso escribirá en su diario que dado que el sacerdote no quiere que comulgue bajo las especies visibles, Dios le concede un reflejo eucarístico en su presencia en la Iglesia sufriente y abandonada, Iglesia sufriente de las persecuciones de fuera e Iglesia sufriente de las enfermedades de dentro<sup>77</sup>. En la prisión, le visitará Mons. Alfred Ancel, quien dará testimonio de la serenidad admirable de Mounier, hasta decir que salía del encuentro con él habiendo experimentado un aumento de vida y de valor espiritual tras haber visto una dignidad, una calma, una fuerza que contrastaba con la atmósfera general de la prisión<sup>78</sup>.

72 Id., 882.

73 Ver Ruiz, “Manuel Mounier y la esperanza”, 392.

74 “Mounier y su generación”, 755.

75 Véase la narración de los hechos del mismo en Emmanuel Mounier, *Diarios de un detenido* (Fundación Emmanuel Mounier, 2023), 53-83. La obra está formada por sus anotaciones en los meses de su detención, enero a octubre de 1942. Véanse las explicaciones de la edición original francesa en pp. 15-18.

76 *Diarios de un detenido*, 75. Antes de darle la negativa definitiva, el capellán había consultado a un profesor de moral del Seminario, quien le confirmó en ese sentido: Id., 64, 70. Después, otro sacerdote, charlatán engorroso, le dará la misma negativa, y ante él Mounier llegará a un juicio mucho más positivo del capellán de la prisión, corto de entendimiento y más sincero: Id., 77- 78.

77 Id., 76.

78 Guissard, *Emmanuel Mounier*, 37. Otros testimonios en Moix, *El pensamiento de Emmanuel Mounier*, 36 y en Feliciano Blázquez, *Emmanuel Mounier* (EPESA, 1972), 50. No faltarán en la prisión gestos concretos de solidaridad. Cuando merced a la intervención de alguien con poder, Mounier y algunos compañeros reciben sábanas,

Con esa solidaridad afectiva y espiritual, Mounier, como cabía esperar, no deja de señalar el necesario compromiso activo y concreto con las víctimas del mal en este mundo como causa fundamental de una vida digna. Quien ha escuchado una sola vez el grito del sufrimiento o quien haya sentido sobre él el ala fría de la desesperación, ¿cómo no valoraría que luchar y ganar un día a la desesperanza o al sufrimiento del mundo merece el riesgo de una vida humana?<sup>79</sup>.

### 3. 4. Transfiguración cristiana del dolor

El fundador de *Esprit* deja escrito, sin margen alguno a la ambigüedad, que aceptar el sufrimiento y la muerte, a fin de no traicionar la condición humana —a la que ambos pertenecen— es el acto supremo de la persona<sup>80</sup>. Empero, más allá de esta brillante posición en una perspectiva antropológica, su pensamiento y su experiencia sobre el sufrimiento se asientan definitivamente y con la mayor firmeza en la fe en Jesucristo.

Desde la perspectiva cristiana, una posición clara de Mounier ante el mal y el sufrimiento es su transfiguración, el término preciso que él emplea, porque la fe permite vivirlos, con todo su espesor, transformados. Cuando se vislumbra el cataclismo de la Segunda Guerra Mundial y ha sido reclutado para servicios administrativos, Mounier rechaza hablar de un futuro negro, aunque sí dramático y doloroso. Pero los cristianos solo tenemos derecho a construir alegría. En tiempos de miseria, no se deben suprimir las desgracias padecidas —es la presencia inconscusa del mal—; la tarea, cuando acucia la desgracia, es hacer pasar a la propia vida esa transfiguración desconcertante que hará entrar en una alegría inquebrantable en la medida en que se aleje la fortuna<sup>81</sup>. En esa línea, celebrando lo que Paulette le confiesa sobre el modo bello de vivir la enfermedad de la hija primogénita, Mounier le explica que en el fondo el cristianismo es esto, la posibilidad de hacer oro de cualquier cosa y si las actividades más materiales se transfiguran en caridad pueden ser más fecundas que el deseo más brillante<sup>82</sup>. En el tiempo anterior a la Guerra, pensando en las pruebas que padecen, subiendo un día a su casa por una escalera oscura, Mounier percibe, y lo comenta a su mujer, qué poco y qué

mantas y algo más de comida, ellos lograrán que el resto de los detenidos reciban también sábanas: *Diarios de un detenido*, 35.

79 “La cristiandad difunta”, *O. C.*, vol. III, 624.

80 “El Personalismo”, 508

81 “Mounier y su generación”, 729.

82 Id., 734. “Es muy hermoso ser cristianos por la fuerza y la alegría que esto da al corazón, por la transfiguración del amor, de la amistad, de las horas y de la muerte”: Id., 754.

mal se realiza -¿quizá también se refiera a ellos?- la condición cristiana de *viator*, caminante. Porque el que avanza con vistas a un fin y sólo vive por ese fin desprecia todas las pequeñas molestias del viaje, porque ha de encontrar su término, su obra. Tal debía ser la experiencia de los dolores de la vida por parte de un cristiano<sup>83</sup>.

Por lo demás, ciertos padecimientos pertenecen a la más pura identidad cristiana y así deben ser abrazados, como algo propio que debía llegar y que hay que vivir hasta con cierta satisfacción. A principios de 1941, hablará de su encarcelamiento en Clermont-Ferrand tras doce días de girar por distintas prisiones, con un motivo estúpido y una acusación sorprendente. En esta circunstancia, reivindica abiertamente como propio de la condición cristiana ser encarcelado, destino con el que es preciso reencontrarse. El cristiano había llegado a ser un hombre que no iba ya a prisión, se había instalado en la seguridad general. Parecía ser bueno lo que no perturbaba los ritos y malo lo que introducía una pizca de inquietud, fuera para mal o para bien. Cuando el cristiano, sin que por esto ceda ante algún arcaísmo primitivo, “considere que en periodo de trastornos la prisión es uno de sus lugares naturales y no la abominación de la desolación familiar, el espíritu cristiano habrá encontrado la posición erguida”<sup>84</sup>.

Pero este talante del cristiano en la experiencia del mal proviene de una extraordinaria experiencia de fe que Mounier ha descrito con algún detalle y desde varios registros. Ahí cabe situar la vivencia tan singular que él tiene en la contemplación de la hija enferma, hundida ya en la noche de la inconsciencia. La niña se convierte en un misterio sobrenatural, paradójica revelación de la presencia de Dios, que poco a poco va invadiendo con alegría a sus padres. Mounier narra cómo regresando al hogar sentía acercarse a una cuna sin voz como a un altar, a un lugar sagrado donde Dios hablaba como por un signo. Experiencia de una tristeza penetrante y profunda, profunda pero ligera y transfigurada y alrededor de ella, “una adoración, no tengo otra palabra”. La niña parece un misterio o revelación del Misterio, quizá, cabe pensar, por su pureza e inocencia cuasi sagradas, y o por su mismo carácter enigmático, como sugiere el lenguaje de Mounier; mas un misterio que solo puede ser de bondad, me atreveré a decir, dice

83 Id., 732.

84 Id., 825-826. Dos años más tarde, en Alemania, Bonhoeffer, otro testigo de excepción del cristianismo en el siglo XX, escribirá, también desde la cárcel, de modo bastante parecido: “Desde el punto de vista cristiano, unas navidades pasadas en la celda de una prisión no plantean ningún problema especial”: Dietrich Bonhoeffer, *Resistencia y sumisión* (Sígueme, 1983), 122. En el contexto de otra problemática, J. M. Domenach escribirá: “¿Cómo nos habría gustado que Mounier hubiese podido dialogar con Bonhoeffer!”: Domenach, *Mounier según Mounier*, 141.

el padre, “una gracia demasiado grave, una hostia viva entre nosotros, muda como la hostia, resplandeciente como ella”<sup>85</sup>. De tal guisa que la niña, que yace en el silencio más hondo ya irreversible, parece poseer, para la extraordinaria mirada del padre, una preclara índole sacramental. Sacramental en la forma del sacrificio, próximo al sacrificio eucarístico como indica la reiterada comparación con la hostia y la explícita interpretación de la aceptación de su enfermedad que como sacrificio ofrecen los padres. En otra carta dirigida a su padre en 1943, Mounier abunda en esa cierta identificación entre la niña, pura como una hostia, y en la ofrenda de sus padres como sacrificio, semejante al sacrificio eucarístico que se ofrece en el altar. La tristeza de Paulette y Emmanuel, ahora dulce y reposada, cuando Francisca suma ya cinco años, podrá ser como una plegaria que irradie el bien que puede irradiar la niña, ofrecida por todos -en el sentido vicario que mencionamos- en el altar del sacrificio donde se consuman tantas alegrías<sup>86</sup>.

Es inevitable el mal, como vimos desde el comienzo, y no hay una consideración teórica que permita dar razón de él y asumirlo racionalmente. A los 28 años, a la que será su esposa, escribía abiertamente: “Todas las explicaciones no disminuyen el gran escándalo del sufrimiento”, un escándalo en el que quiere reconocer una grandeza si es visto “en bloque”, sin intentar arreglarlo con nuestras palabras, pero siempre que admitamos de una vez por todas que el dolor de cabeza idiota es querido por Dios. Esta es, seguramente, la lectura teológica más radical y más provocadora del fundador de *Esprit*, perfectamente providencialista: ninguna explicación aminora el escándalo del mal y del dolor, y lo único que cabe es pensar que es querido por Dios. Ha conocido él vidas entregadas al fracaso, lo cual es sencillamente un secreto espantoso de la Providencia divina, cuya “psicología interior”, según Mounier -en advertencia austera a quienes consideran el misterio de Dios- no hay que intentar comprender. Hay quienes son conducidos por Dios por los caminos de la riqueza y otros por los caminos del fracaso perpetuo. Pero lo único que se debe buscar es amar a Dios en lo que hace y amar con toda fuerza a aquellos a quienes Él quebranta por amor, ante los cuales Mounier -con toda su grandeza espiritual- dice sentirse pequeño<sup>87</sup>. Esto significa entregar definitivamente el mal al misterio de Dios, declarándolo así, completamente misterioso y en esta entrega mantener con la mayor fuerza la fe en la providencia divina, fe que es, indudablemente, lo que permite hacerlo. Sólo una fe en Dios más fuerte que la poderosa prueba del sufrimiento es capaz de una operación semejante que

85 “Mounier y su generación”, 763.

86 Id., 880.

87 Id., 601.

con la mayor firmeza prescribe el autor francés. En el caso de su pequeña enferma, con todo su corazón, con el de su esposa, Mounier espera que Francisca sea lo que a ellos gustaría que fuera, pero si Dios quisiera otra cosa, no está seguro de que no encontrarían una alegría espiritual más grande llevándola por caminos oscuros que haciendo de ella una mujercita corriente<sup>88</sup>.

Mounier, de este modo, no llega a secundar la tesis muy tradicional según la cual el mal se puede entender o incluso justificar en función del bien mayor de la marcha general del mundo o la historia. Ya le oímos reclamar la atención debida a la suerte del individuo, que no se puede subsumir en la dinámica general. Su pensamiento no funcionaliza así el mal ineludible, lo introduce, en el acto de fe más depurado, en el misterioso designio de la Providencia divina desde el que, ciertamente, al final, solo cabe esperar bondades, la victoria definitiva del bien que según vimos es su esperanza. La suya, frente a los autores que estudiara en *La esperanza de los desesperados*, es la esperanza de un esperanzado, bien dotado de pruebas y dolores en los que ha depurado hasta la excelsitud cristiana que muestra lo que acabamos de ver, su fe y su confianza teológica.

Aquí se puede observar la genuina experiencia de la fe cristiana que había descrito con su peculiar penetración su contemporánea Simone Weil, a la que alguna vez acogiera en las páginas de *Esprit*<sup>89</sup>: lo propio del cristianismo, donde radica su grandeza, está en que no busca un remedio sobrenatural contra el mal, sino un uso sobrenatural del mal<sup>90</sup>. Es decir, no combatirlo o neutralizarlo de algún modo con algún argumentario religioso, sino asumirlo en toda su positividad, la que puede tener desde una firmísima fe en Dios, sufriendo “sobrenaturalmente”, en íntima y misteriosa comunión con su Providencia amorosa.

Por lo demás, en otra ocasión Mounier describe a su esposa en los términos más radicales lo que es aceptar la voluntad de Dios, que no consiste en “humanizar el amor sobrenatural por el sufrimiento y la renuncia”, es aceptar limpia y enteramente esa voluntad, sea la que sea, incluso cuando es conforme con los propios deseos humanos, o sea, por el motivo determinante de que es la voluntad de Dios. Aceptar la voluntad de Dios tampoco está en prevenirla o adelantarse a ella mediante el sacrificio, es estar indiferente a todo lo que no sea esa voluntad, dispuesto a todo, incluso a la felicidad y justamente “es así como se santifica la

88 Id., 730.

89 La relación de la pensadora judía y *Esprit* estuvo marcada por diferencias significativas; ver Bombaci, *Una vida, un testimonio*, 140.

90 Simone Weil, *La gravedad y la gracia*, 4ª ed. (Trotta, 2007), 120.

felicidad”<sup>91</sup>.

Como se aprecia, para Mounier el mal y el dolor no suponen un obstáculo real para la fe en el Dios cristiano que él dibuja. Sólo es preciso aceptar radical y definitivamente que todo está sostenido y guiado por la Providencia amorosa de Dios. No vale titubear al respecto y la suya, habiendo padecido serias adversidades, aparece así, como una fe sin fisuras que invita a lo mismo, tanto por la vía de estos razonamientos como por la otra de su ejemplar testimonio de vida y de fe. Cuando la situación de la niña Francisca se agrava, Mounier ve el final próximo. Hay un diagnóstico definitivo, el ataque de encefalitis que ha padecido, escribe, “dejará a mi hija tan destrozada, que tendremos que agarrarnos fuerte para no pedir a Dios que se la lleve”<sup>92</sup>. Se ve, pues, en la necesidad de asumir hasta las heces el sufrimiento de ver a la niña hundirse sin retorno en la oscuridad, armándose de todo el valor preciso para no rogar a Dios una muerte que, pudiendo ser liberadora, no se puede desear porque hay que cargar con el dolor hasta el final. Poco tiempo después comentará de modo semejante la misma tentación vivida: Durante muchos meses desearon que la niña se marchara si tenía que quedarse así, pero “¿no es esto sentimentalismo burgués?”. Quién sabe si no se les ha pedido guardar y adorar una hostia entre ellos, como vemos que califica reiteradamente a la niña enferma, sin olvidar la presencia divina bajo una pobre materia ciega. De esa manera, la pequeña Francisca le resulta al padre la imagen de la fe, que es aquí abajo conocer en enigma y como ver en un espejo<sup>93</sup>, esto es, reconocer en la opacidad de la niña hundida en la noche del espíritu, en un extraordinario acto de fe, la presencia y la revelación de Dios que llama a tal experiencia.

### 3. 5. La definitiva clave cristológica

En esta transfiguración cristiana del dolor, el resorte definitivo es cristológico, esto es, la integración en Cristo, en los modos de su sufrimiento. Si hay que interpretar y asumir el mal padecido como parte del proyecto de gracia y salvación de Dios, en Cristo están dados los modos concretos de hacerlo, asumiendo el dolor en íntima unión con él.

Antes, radicalmente, está la solidaridad del mismo Jesucristo con el dolor de hombres, solidaridad que, según vimos, es aspecto fundamental en la experiencia

91 “Mounier y su generación”, 589-590.

92 Id., 756.

93 Id., 764.

insoslayable del dolor, y Jesucristo, escribe Mounier a los 29 años, la encarna de modo ejemplar, cargando en una sola noche de angustias y dudas (“¿Padre, por qué me has abandonado?”) todas nuestras noches oscuras<sup>94</sup>. Mounier no ha explicitado mucho más la unión anterior del Hijo eterno encarnado con el dolor del mundo, el abrazo de Dios a la humanidad sufriente en la carne ultrajada de Jesucristo que culmina en la cruz, en lo que abunda la teología de nuestro tiempo<sup>95</sup>. El pensador del Personalismo pone más su atención en el lado del hombre, ciertamente ante el Cristo sufriente en solidaridad con lo humano. La unión con Jesucristo es la clave fundamental de la genuina experiencia del mal. Cada prueba vivida -incluido que la niña Francisca nunca sea normal- no es algo negativo, es un anticipo de Cristo que dulcemente pide si se quiere aprender un poco más lo que es el amor del que aparta la felicidad y al que llama a crecer a través del sufrimiento. Es la convicción que ya señalamos de la fuerza reveladora del dolor vivido en Cristo, aquí sobre lo que es el amor, revelación que no tiene lugar, paradójicamente, en un estado feliz.

Sobre la niña Francisca advendrá sin duda un milagro, pues sus padres lo piden con buena voluntad, sea el milagro visible de su curación, sea el milagro invisible por el sacrificio de una fuente infinita de gracia cuyas maravillas se conocerán un día, pues nada se parece más a Cristo que la inocencia sufriente como la de la niña<sup>96</sup>. Esa inocencia dolorida ve él en la hijita enferma en quien descubre de algún modo, como asociada a ella, la figura del Salvador, víctima inocente y fuente inagotable de gracia. Tal es la poderosa fecundidad del sufrimiento de los padres y de la grave enfermedad de la hija. A Paulette, al día siguiente y en el mismo sentido, le dice que de poder, llevaría a Lourdes a la hija enferma, pero sin exigir el milagro material, para -en una cadena admirable de motivaciones- “ponerse en la fila”, compartiendo el dolor en la admirable solidaridad que ya vimos; para conocer la alegría de ganar una niña siempre enferma, o sea de volver a acogerla gozosamente de nuevo como tal enferma; para tener la alegría de haber creído en la gratuidad de Dios y no en su automatismo terapéutico; para tener la alegría de saber que no se niega el milagro a quien lo recibe por adelantado bajo todas sus formas, incluidas las formas invisibles, incluso bajo sus formas

94 Id., 617.

95 Así, la sentencia precisa de D. Bonhoeffer, “Solo el Dios sufriente nos puede ayudar”: *Resistencia y sumisión*, 210. Puede verse Gonzalo Tejerina Arias, “La Cruz de Jesucristo y el misterio del mal”, en *La Cruz, camino de luz*, coord. Dionisio Borobio – Abundio Martínez (Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 2009), 149-173.

96 “Mounier y su generación”, 755.

crucificantes<sup>97</sup>. Pero es menester aceptar la hija enferma porque es necesario participar en la “permanencia de la Pasión en el tiempo”, es decir, en su perduración en la trivialidad y miseria de los hombres en su vida cotidiana o en la propia mediocridad<sup>98</sup>.

Cuando al comienzo de la Guerra Mounier es movilizado para servicios auxiliares, escribe a su esposa que es necesario que juntos hagan hermosos los momentos que les son dados, a él no le cuesta mucho abrirse a la alegría, le basta pensar que cualquier sufrimiento integrado en Cristo pierde su desesperanza y su fealdad<sup>99</sup>. Poco después, con la intensidad que muchas veces alcanza su escritura, afirma que el menor desgarró que se ponga, sin retórica, en ese inmenso crisol del Monte de los olivos donde han venido a arremolinarse todos los sufrimientos ofrecidos del mundo, la menor molestia que se soporte en comunión con los que llevan algo parecido, traerá días más plenos que muchas situaciones que se hubieran soñado. Y como preciso remate del razonamiento, la afirmación clara, quizá la corona de la fe en la Providencia, de que el hecho de que no siempre sintamos la gracia de Dios en el dolor forma parte del destino de los momentos cristianos que exigen su parte de tristeza y desolación<sup>100</sup>. En otra circunstancia escribe a Paulette que vuelve a encontrar a veces el secreto para hacer llenas las horas más mediocres: pensar, en toda la mediocridad del mundo y en la propia, en medio del disgusto de algunos días, el sufrimiento de la Bondad absoluta bajo una marea de maldad, pensar la inagotable náusea de Cristo en el Monte de los olivos y ofrecer con él esa mediocridad de nuestras horas como rescate por la propia participación en la mediocridad, como rescate de toda la náusea del mundo<sup>101</sup>.

En el primer año de la Guerra, al amigo que se halla en prisión, Mounier le dice comprender sus penalidades, pero también le hace saber que no hay que agrandarlas con la vergüenza de estar en prisión: “Específicamente, la vergüenza no es para ti”. La prisión no era una vergüenza para los cristianos de Roma en los orígenes del cristianismo, y nunca lo es para el inocente; por el contrario, es portadora de la gloria de las Bienaventuranzas: “Bienaventurados los perseguidos por la justicia...”. Que el amigo acepte en sí esa vergüenza significaría que él mismo

97 Id., 755. Mounier, por rigurosos motivos religiosos, se manifestará algo reacio a pedir la curación milagrosa de Francisca. A una amiga, Jérôme Martinaggi, hablando de la niña, escribe: “Cuando rechazamos cada día el milagro de la santidad, el único que depende nosotros, ¿cómo podemos pedir milagros gratuitos?”. Id., 751. Francisca morirá el 1 de julio de 1954, cuatro años después de su padre.

98 “Mounier y su generación”, 751-752.

99 Id., 721.

100 Id., 734-735.

101 Id., 745.

concedería razón y reconocimiento a la injusticia. También a él le ve Mounier solidario, gloriosamente solidario con tantas víctimas inocentes que participan en la pasión de Cristo que llevan en sí la simiente de la Pascua: “Tú perteneces en este momento a esa gran familia en la que los niños mártires de las ciudades bombardeadas, los perseguidos, los errantes, los emigrantes y los encarcelados forman la gran Pasión del mundo entero y trabajan con un mismo sufrimiento en su Resurrección”<sup>102</sup>.

#### 4. OPTIMISMO TRÁGICO

Podemos concluir este examen considerando el concepto de optimismo trágico que puede ser una acuñación personal del fundador de *Esprit* en orden a la comprensión de la historia humana y que tendrá una notable continuidad histórica. Forjado desde la fe, el concepto aparece cierto número de veces en sus escritos y puede resumir su posición global ante el mal y el sufrimiento, tanto en una perspectiva individual como en la histórica.

El concepto está unido a la negación de la perspectiva de un futuro negro, aunque pueda ser visto como dramático y doloroso, al rechazo del pesimismo o la desesperación que con agudeza y reiteración ha examinado Mounier en su confrontación con la filosofía existencialista o en el estudio de autores como Malraux o Camus. Situados en el interior del ámbito cristiano, no cabe una valoración negativa de las cosas de este mundo, como le oímos decir a su madre. Comentando la profunda depreciación de la naturaleza del hombre propia de la tradición protestante, afirmará Mounier que el pensamiento católico, con independencia de posibles matices, “nunca abandonará la afirmación de una naturaleza humana y una capacidad natural de civilización, aunque parcialmente impotente. Aunque ciertamente, el interés espiritual e histórico de este humanismo esencial es purificarse de todas las contaminaciones que le han venido del optimismo burgués”<sup>103</sup>. Cabe añadir que si Mounier rechaza un *páthos* de pesimismo o desesperación, tampoco se dibuja en él, ni en su pensamiento ni en su experiencia de vida, un perfil estoico de desasimiento de las realidades de este mundo a fin de no padecer su muy diversa limitación. El filósofo personalista ha abrazado con resolución toda realidad en su natural limitación, *-adsum!-* asumiendo con entereza la cota

102 Id., 775.

103 “Introducción a los existencialismos”, 122-123. El pensamiento católico debe caminar con precisión sobre una cresta, evitando resbalar hacia el cristianismo idílico del Vicario saboyano y hacia el cristianismo desesperado de Calvino o Jansenio: “El afrontamiento cristiano”, 37.

correspondiente de dolor y en tal abrazo lo que abandera es otra suerte de optimismo de raíz cristiana.

Algunos hablan, como propio de los creyentes, de un pesimismo activo que Mounier aprecia en alguna medida, considerándolo como nuestra filosofía de los malos días y que en alguna ocasión vincula al nombre de K. Barth. A su juicio, empero, el cristianismo se define mejor por un *optimismo trágico* que excluye el profetismo soso y lúgubre tanto como la alegría fofa de sacristía<sup>104</sup>. La expresión le parece a Mounier que designa bien la paradójica antinomia propia de la perspectiva cristiana. Si gracias a ésta la historia al final asciende, no lo hace por caminos simples, y si hay ascensos, la serie progresiva de cimas que se alcanzan se oculta en el desconocimiento que tenemos del misterio de la historia. El espíritu, ciertamente, sabe de conquistas, de iluminaciones, pero no conoce el progreso escalonado en la figura de un ascenso permanente, peldaño tras peldaño. Los renacimientos son aleatorios, y aun cuando cuajan, resultan imperfectos y precarios, siendo irreparables las pérdidas<sup>105</sup>. En suma, el progreso no es lineal, ya vimos la presencia indefectible del mal en el mundo, y para Mounier, sólo sabemos que el movimiento va hacia adelante y a veces lo percibimos a grandes rasgos, sin poder predecir cuáles serán los caminos, los parones, los retrocesos, los desvíos.

Ciertamente, el pensador del Personalismo comunitario, frente a la imagen de un mundo sin sentido reconoce una semejanza entre el optimismo cristiano y el optimismo humanista que comenzaba a florecer poco después de la Segunda Guerra Mundial. Pero hay una distancia imposible de atenuar entre el optimismo del esquema lineal de una humanidad que avanza automáticamente con el progreso de su organización y el optimismo trágico del cristiano, para quien el sentido del avance no es del todo representable, no se define sin la paradoja de la cruz y no excluye catástrofes hasta el último día<sup>106</sup>. Sentenciado en breve, “el que prescinde de los aspectos trágicos de la historia prescinde también, por ese mismo gesto, del cristianismo”<sup>107</sup>. Con todo, como ha observado Domenach, a quien en vida Mounier confió la dirección de *Esprit*, el calificativo trágico no supone una vivencia trágica de la fe por parte de él, pues el dolor y la tristeza pronto son cubiertos por la esperanza, como ya vimos, y en torno a Mounier y a la revista se respiró un

104 “El pequeño miedo del siglo XX”, 367.

105 “El pensamiento de Charles Péguy”, 123.

106 “El pequeño miedo del siglo XX”, 434.

107 Id., 445.

aire de bendición<sup>108</sup>.

El progreso de la historia según el cristianismo no es, pues, un proceso de acumulación continua, semejante al progreso técnico, de una lógica más simple; no es el optimismo histórico que dibuja un esquema lineal de avance indefectible. El progreso de la historia conlleva una ascesis que como siempre implica sacrificio, resurrección y transfiguración, pérdidas irreversibles, rupturas, retornos, noches. Tal ascesis no tiene que ver con criterios de comodidad y seguridad, de alegría somnolienta, que sirven con frecuencia para definir la felicidad. Porque no cabe ignorar que en la expansión en el mundo del Reino de Dios trabaja también una fuerza positiva del Mal, fuerza ponente, creativa, que alcanza sus victorias, a veces provisionales y a veces duraderas. En el lento progreso del Reino en este mundo, próximo a tantas esperanzas puramente humanas, hay una historia de Mal, del Anticristo<sup>109</sup>. Pero el progreso es un hecho humano y un hecho divino, una fe que abrazar y un riesgo que correr, no una operación contable<sup>110</sup>. En la entrevista a la viuda de Mounier que ya citamos, decía ella que en el desafío que Dios lanza al hombre dejándole la libertad total, también para decirle que no, hay un aspecto trágico que Mounier acentuó cada vez más según iba entrando en años<sup>111</sup>.

Mounier advierte que no hay que dejarse impresionar por ciertas actitudes de una severidad que puede resultar seductora frente al aburguesamiento del tiempo. Hay un catastrofismo cristiano que solo arraiga por una deformación sistemática en la que se mezclan lo que él considera una visión avara de la historia y unas complejas inadaptaciones personales<sup>112</sup>. Y hay otro catastrofismo fuera del ámbito cristiano, derivado del nihilismo que Mounier consideró en varios escritos, de modo especial en *El pequeño miedo del siglo XX*, de 1949. El nihilismo es una reacción masiva de tipo infantil, y la angustia de una catástrofe colectiva del mundo moderno una reacción infantil también. El hombre europeo ha perdido el control del universo que él mismo ha formado, lo ve a la deriva, hacia unos acontecimientos que ya no domina y surge ahí la experiencia de desamparo y el denso

108 Domenach, *Mounier según Mounier*, 133. El mismo Mounier escribía en 1933 “el mismo drama es una oscilación de la ascensión, una lucha entre el ser y el menos-ser, no entre el ser y la nada”: “Mounier y su generación”, 481.

109 “El cristiano no puede olvidar que la Iglesia tiene en el mundo un enemigo eterno, invisible y activo en todas partes”: “Las certidumbres difíciles”, 194.

110 “El pequeño miedo del siglo XX”, 427-428; “Las certidumbres difíciles”, 194.

111 Maceiras, “El sueño de Emmanuel Mounier”, 157.

112 “El pequeño miedo del siglo XX”, 367.

temor a una catástrofe<sup>113</sup>. En esta descripción abundará el fundador de Esprit, considerando en concreto el espanto ante el poder destructivo de la técnica, ejemplificado en la bomba atómica<sup>114</sup>.

Pero el Apocalipsis, al que Mounier recurre con frecuencia en la comprensión de la historia, se sitúa totalmente en otra perspectiva, no arrojando nunca anatemas sobre la historia del hombre, sobre sus civilizaciones o sobre una determinada cultura. Más bien, presenta la imagen de una convergencia de todas las naciones, con sus propios errores, hacia un gran designio misterioso que las recorre e impulsa. Y no falta la referencia acertada a la parábola del grano de trigo y de la cizaña que para el autor constituye el símbolo más exacto de la visión cristiana de la historia. Una mies maldita se desarrolla a través de los tiempos, bastando para tornar caducas las utopías humanitarias, el sueño de un mundo que llegaría a ser inocente desde el día en que fuera ordenado. Tal es la parte legítima de “pesimismo” cristiano. Mas a través de esos malditos se aúpa sin cesar el Reino de Dios, conocido y desconocido, con lenta pero irresistible fuerza. Si en el Apocalipsis se da un indicio sobre el futuro del mundo, se nos brinda con la perspectiva de un milenio, es decir, de una larga fase histórica, secreta, en la que la Ley nueva se incrusta progresivamente. Por tanto, orienta “hacia la idea de un desarrollo espiritual continuo, aunque sinuoso, ambiguo y debatido, mucho más que hacia la idea de una caída progresiva de la Historia en la maldición”<sup>115</sup>. Mounier comparte la idea presente en alguna teología de la historia de que de parte de Dios hay un cierto riesgo sobre el desarrollo y el final de la aventura humana, pero la línea maestra ya está trazada: Cristo es ya vencedor y ese es el sentido del Apocalipsis, aunque para cada individuo humano el resultado final es incierto, lo cual supone eliminar las tentaciones de un optimismo piadoso para mantenernos abiertos al riesgo y la responsabilidad total de cada uno<sup>116</sup>. Es decir, la entera historia de los hombres está atravesada por la salvación de Cristo que es su dirección determinante, pero que se sepa la dirección general o el punto de llegada no implica que cada paso, cada acontecimiento, tenga sentido y por tanto no exime al individuo de la búsqueda trabajosa.

113 Id., 371-372. “Hoy, el nihilismo europeo se extiende y se organiza sobre el retroceso de las grandes creencias que mantenían de pie a nuestros padres: fe cristiana, religión de la ciencia, de la razón o del deber. Este mundo desesperado tiene sus filósofos que hablan de absurdo y desesperación; sus escritores, que lanzan el escamio a los cuatro vientos...”: “El Personalismo”, 532. Vimos una etiología semejante en la descripción de terribles males históricos desencadenados en Europa que dieron lugar a la Segunda Guerra Mundial.

114 “El pequeño miedo del siglo XX”, 377.

115 Id., 367-368.

116 “La cristiandad difunta”, 624.

En el mal misterioso e ineluctable, una espiritualidad del dolor. Pensamiento y testimonio...

En definitiva, como señalamos al principio, en la vida de los hombres en este mundo nada nos insta a dudar de que la lucha sea constitutiva de nuestra condición. La perfección del universo personal encarnado no es la perfección de un orden, como quieren todas las filosofías y todas las políticas que piensan que el hombre pueda un día totalizar el mundo. Es la perfección de una libertad combatiente, que lucha con ardor y que subsiste inclusive en los fracasos. Al final, sobre el tablero de las que fueran grandes ideologías de su tiempo, entre el optimismo impaciente de la ilusión liberal o revolucionaria y el pesimismo impaciente de los fascismos, el camino propio del hombre es ese optimismo trágico propio de la fe cristiana, en el que halla el hombre su justa medida dentro de un panorama de grandeza y de lucha<sup>117</sup>. Entre el remanente optimismo moderno y el desencantado o escéptico pesimismo postmoderno, tal sería hoy, ese optimismo trágico del cristianismo que Mounier sigue proponiendo.

Desde este ideario y para concluir, un leve apunte relativo a la labor educativa en este aspecto, sobre la cual Mounier deseaba matizar la posición de su amigo Touchard cuando afirmaba que se debe educar en la idea de una vida cuyo tejido debe ser el sufrimiento, con algunas raras y preciosas alegrías. Mounier sostiene que no hay que educar para una vida normalmente feliz que habría que cristianizar con algunas virtudes y trucos de cuaresma, hay que preparar a los niños para una vida de sufrimiento que debe ser incansablemente transformado en alegría, se logre o no<sup>118</sup>. Tal es, como hemos visto, la clave fundamental del pensamiento y la experiencia de vida de E. Mounier ante el misterio del mal ineluctable que como tal hay que asumir sin ambages para llevarlo a un proceso de transformación en íntima unión con el sufrimiento solidario y redentor de Jesucristo.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Blázquez, Feliciano. *Emmanuel Mounier*. EPESA, 1972.

Bombaci, Nunzio. *Una vida, un testimonio, Emmanuel Mounier*. Fundación Emmanuel Mounier, 2002.

Bonhoffer, Dietrich. *Resistencia y sumisión*. Sígueme, 1983.

Coq, Guy, ed. *Emmanuel Mounier. Actes du colloque tenu à l'Unesco sous la Présidence de Paul Ricoeur et Jacques Delors, Paris 2003*. Vol. 1. Parole et silence, vol. I, 2003; vol.

117 “El Personalismo”, 472.

118 “Mounier y su generación”, 751. Siendo joven, Mounier decía a su hermana Madeleine algo semejante referido al desarrollo de las relaciones humanas: no se debe ocultar a los amigos la existencia de los días de calvario como los que -con otros alegres- él padecía, pues ello significaría no comunicarles la mitad de lo que realmente somos: Id., 501.

- II, 2006.
- Díaz Hernández, Carlos. *Emmanuel Mounier (Un testimonio luminoso)*. Fundación Emmanuel Mounier, 2000.
- Díaz Hernández, Carlos. *Mounier y la identidad cristiana*. Sígueme 1978.
- Domenach, Jean Marie. *Mounier según Mounier*. Laia, 1973.
- Guissard, Lucien. *Emmanuel Mounier*. 2ª ed. Fontanella, 1968.
- Lacroix, Jean, Lucien Guissard, Herve Chaigne y Jorge Piquer. *Presencia de Mounier*. Nova Terra, 1966.
- Maceiras, Manuel. “El sueño de Emmanuel Mounier: responder a la crisis total”. *Razón y Fe* 189 (1974): 149-157.
- Moix, Candide. *El pensamiento de Emmanuel Mounier*. Estela, 1964.
- Mounier, Emmanuel. *Cartas desde el dolor*. Encuentro 1998.
- Mounier, Emmanuel. *Diarios de un detenido*. Fundación Emmanuel Mounier, 2023.
- Mounier, Emmanuel. *Obras completas*. 4 vol. Sígueme, vol. I, 1992; vol. II, 1993; vol. III, 1990; vol. IV, 1988.
- Rémond, René. “Emmanuel Mounier et l’avenir du christianisme”. En *Emmanuel Mounier. Actes du colloque tenu à l’Unesco sous la Présidence de Paul Ricoeur et Jacques Delors, Paris 2003*. Vol. 1. Editado por Guy Coq, 191-195. Parole et silence, 2003.
- Rica, Giuseppe. *Il padre di Françoise Mounier*. La Locusta, 1968.
- Ruiz, Antonio. “Manuel Mounier y la esperanza”. *Revista católica internacional Communio* 6 (1984): 385-394.
- Tejerina Arias, Gonzalo. “Fulgores del hombre nuevo. La apología del espíritu cristiano de Emmanuel Mounier”. *Revista Agustiniana* XLV (2004): 425-465.
- Tejerina Arias, Gonzalo. “La Cruz de Jesucristo y el misterio del mal”. En *La Cruz, camino de luz*, coordinado por en Dionisio Borobio - Abundio Martínez, 149-173. Publicaciones de la Universidad Pontificia de Salamanca, 2009.
- Weil, Simone. *La gravedad y la gracia*. 4ª ed. Trotta, 2007.